

célebre que los cristianos habian ganado en el mar, el dia 7 de octubre del año de 1571.

Estaban los turcos ancorados en Lepanto, cuando tuvieron aviso de que los cristianos, saliendo del puerto de Corfú, venian á echarse á velas tendidas sobre ellos. Tenian tan bajo concepto de la armada cristiana, que nunca creyeron tuviese atrevimiento á presentarles el combate. Sabian á punto fijo el número de navios de que se componia; pero ignoraban que venian á pelear bajo la proteccion de la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenian colocada toda su confianza; y por eso quedaron estrañamente sorprendidos cuando fueron informados de que la armada naval de los cristianos habia ganado ya la altura de la isla de Cefalonia. Acostumbrados los turcos despues de tanto tiempo á vencer y á derrotar los cristianos, celebraron su intrépida cercanía como presagio seguro de una completa victoria. Superiores en tropas y en navios, levantaron áncoras para cerrarles el paso con ánimo de cortarlos y de envolverlos; de manera, que ni uno solo escapase para llevar la noticia de su rota. Apenas se dejó ver la armada otomana, mandada por Hali-Bajá, cuando la armada cristiana, que con título de generalísimo mandaba el señor D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, rey de España, juntamente con Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia, levantando un esforzado grito, invocó la intercesion de la santísima Virgen, su soberana protectora.

Hallábanse las dos armadas á distancia de doce millas cuando se dió la señal de combatir, y se enarboló el estandarte que los dos comandantes habian recibido en Nápoles de parte de su Santidad. Apenas se descubrió la imágen de Cristo crucificado que estaba bordada en el estandarte pontificio, cuando le saludó toda la armada con grandes gritos de alegría; y haciendo señal á la oracion, todos los oficiales y todos los soldados adoraron de rodillas la imágen del Crucifijo: espectáculo verdaderamente tierno y religioso ver al oficial y al soldado armados para pelear á los pies de Jesucristo, implorando su asistencia para vencer á los infieles por intercesion de su madre la santísima Virgen, cuya imágen se veneraba á bordo de todas las embarcaciones. Mientras tanto se iban acercando las dos armadas, favorecida del viento la escuadra turca, circunstancia que daba mucho cuerpo al sobresalto y al temor. Volviéronse entonces con mayor fervor los cristianos á la soberana Reina, bajo cuyos auspicios iban á combatir, y cambiándose el viento de repente, comenzó á soplarles de popa con tanta dicha, que todo el humo de su artilleria cargaba sobre la escuadra otomana; mudanza que todos calificaron de milagrosa, recibíadola

como visible prueba de la asistencia del cielo. Halláronse á tiro de cañon las dos armadas el dia 7 de octubre, y se hizo tan terrible fuego de una y otra parte, que por largo espacio de tiempo quedó el aire oscurecido con la densidad del humo. Tres horas habia durado ya el obstinado combate con empeñado valor, y con casi igual ventaja de unos y otros combatientes, cuando los cristianos, mas confiados en la proteccion del cielo, que en los esfuerzos de su corazon y de su brazo, observaron que los turcos comenzaban á ceder, y que se iban retirando hácia la costa. Redoblando entonces su confianza y su ardimiento nuestros generales, hicieron nuevo fuego sobre la capitana turca; mataron á Hali-Bajá, abordaron su galera y arrancaron el estandarte. Mandó á este tiempo D. Juan de Austria que todos gritasen *victoria*, y ya desde entonces, dejando de ser combate, comenzó á ser horrible carniceria en los infelices turcos, que se dejaban degollar sin resistencia. Treinta mil hombres perdieron estos en aquella célebre batalla, una de las mas sangrientas para ellos que jamás habian conocido desde la fundacion del imperio otomano. Hicieron los cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales fueron dos hijos de Hali, y se hicieron dueños de ciento y treinta galeras turcas; mas de otras noventa perecieron ó dando á la costa, ó yéndose á fondo, ó consumidas por el fuego; cobraron libertad por esta insigne victoria casi veinte mil cristianos, y en la armada de estos faltó tan poca gente, que todo el orbe reconoció visiblemente la asistencia del cielo, y aclamó el portentoso milagro. Conternóse tanto toda la ciudad de Constantinopla, como si ya estuviera el enemigo á la puerta, y los turcos daban á guardar sus tesoros á los cristianos, suplicándoles que cuando se hiciesen dueños de la ciudad y del imperio los perdonasen las vidas y los tratasen con piedad.

Tuvo revelacion de la victoria el santo pontífice Pio V en el mismo punto que fueron derrotados los turcos; tan firmemente persuadido á que habia sido efecto de la particular proteccion de la santísima Virgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *nuestra Señora de la Victoria*, como lo anuncia el Martirologio romano por estos términos: *El mismo dia, 7 de octubre, la Conmemoracion de nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el santo papa Pio V en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los cristianos de los turcos en una batalla naval por la particular proteccion de la santísima Virgen.*

Para empeñar mas particularmente la poderosa proteccion de esta Señora á favor de las armas cristianas en ocasion tan peli-

grosa, se habia valido el santo pontífice de la devocion del santo Rosario, tan del agrado de la soberana Reina, y ya entonces muy antigua en la Iglesia de Dios, y por eso mandó que la fiesta de nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del santísimo Rosario. No menos convencido el papa Gregorio XIII de que la batalla de Lepanto, ganada contra los turcos, se debía á esta célebre devocion, ordenó en reconocimiento á la santísima Virgen, que perpetuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde se erigiese esta devotísima cofradía.

Clemente XI, uno de los pontífices que gobernaron la Iglesia de Dios con mayor zelo, con mayor prudencia y con mayor dignidad, noticioso de la victoria que las tropas del emperador consiguieron de los turcos el dia de nuestra Señora de las Nieves 5 de agosto de 1716, cerca de Salakemen, conocida con el nombre de la batalla de Selim, una de las mas completas que hasta ahora se han ganado contra los infieles, pues perdieron en ella mas de treinta mil turcos, que quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, toda su artillería, sus tiendas, sus bagajes, las provisiones, la cancelleria, la caja militar, dos colas de caballo, todas sus banderas y estandartes; reconociendo muy bien que esta señalada victoria se debía á la especial proteccion de la santísima Virgen, mandó desde luego cantar una misa solemne en Sta. Maria la Mayor en accion de gracias de tan insigne beneficio; al que inmediatamente se siguió otro en nada inferior al primero, cual fué haber levantado el sitio de Corfú en el dia de la octava de la Asuncion, 22 del mismo mes y año. Agradecido el piadosísimo pontífice á esta doble proteccion, despues de haber publicado una indulgencia plenaria en Sta. Maria de la Victoria, y enviados los estandartes que se tomaron á los turcos á Sta. Maria la Mayor y á Loreto, mandó que la fiesta del Rosario, limitada hasta entonces á las iglesias de los PP. Dominicos y á aquellas donde hubiese cofradía de esta advocacion, en adelante fuese fiesta solemne de precepto para toda la Iglesia universal en el primer domingo de octubre; muy persuadido á que la devocion del Rosario era el medio mas eficaz y mas propio para agradecer á la santísima Virgen los favores recibidos por su poderosa proteccion, y para empeñarla en que cada dia nos dispensase otros nuevos y mayores.

Es bien sabido que este método de orar se le debe al gran Sto. Domingo, que estableció esta admirable devocion en consecuencia de una vision con que le favoreció la santísima Virgen el año de 1208 al mismo tiempo que estaba predicando contra

los errores de los albigenses. Hallábase un dia el Santo en fervorosa oracion dentro de la capilla de nuestra Señora de la Povilla, y apareciéndosele la Madre de misericordia, le dijo: Que habiendo sido la salutacion angélica como el principio de la redencion del género humano, era razon que lo fuese tambien de la conversion de los herejes y de la victoria contra los infieles; que por tanto predicando la devocion del Rosario, que se compone de ciento cincuenta *Ave Marias*, como el salterio de ciento cincuenta salmos, experimentaria milagrosos sucesos en sus trabajos, y una continuada serie de victorias contra la herejía. Obedió Sto. Domingo el soberano precepto; y en lugar de detenerse, como lo habia hecho hasta entonces, en disputas y en controversias, que por lo regular son de poco fruto, no hizo en adelante otra cosa que predicar las grandezas y las excelencias de la Madre de Dios, explicando á los pueblos el mérito, las utilidades y el método práctico del santísimo Rosario. Luego se palpó la excelencia de esta admirable devocion; siendo la mayor prueba de su maravillosa eficacia la conversion de mas de cien mil herejes, y la mudanza de vida de un prodigioso número de pecadores atraídos á la verdadera penitencia, y arrancados de sus inveteradas costumbres. Esta fué, hablando en propiedad, la verdadera época de la devocion del santísimo Rosario y de su famosa cofradía, tan célebre en todo el mundo cristiano, autorizada por tantos sumos pontífices con tantos y tan singulares privilegios, y considerada ya como dichosa señal de predestinacion respecto de todos sus cofrades.

A la verdad, ¿qué devocion puede haber mas grata á los ojos de Dios, ni qué oracion mas eficaz para merecer la proteccion de la santísima Virgen? *El Padre nuestro* ó la oracion dominical, que en ella se repite tantas veces, nos la enseñó el mismo Jesucristo; la salutacion angélica, que se reza ciento y cincuenta, se compone de las mismas palabras del ángel, y de las que pronunció Sta. Isabel cuando la Virgen la visitó; la oracion que la acompaña es oracion de la Iglesia. Compónese el rosario entero de quince dieces de *Ave Marias* y de quince *Padre nuestros*. Los cinco primeros son de los cinco misterios gozosos, los cinco segundos de los dolorosos, y los cinco terceros de los gloriosos, que fueron de tanto consuelo para la santísima Virgen. Los misterios gozosos son la Anunciacion, la Visitacion, el Nacimiento de Cristo, la Purificacion y el niño Jesus perdido y hallado en el templo en medio de los doctores. Los misterios dolorosos son la oracion del huerto, el paso de los azotes, la coronacion de espinas, la cruz á cuestas y la crucifixion del Salvador en el monte

Calvario. Los misterios gloriosos son la Resurreccion y aparicion á su santísima Madre, su Ascension, la Venida del Espíritu Santo, la triunfante Ascension de Maria en cuerpo y alma á los cielos, y su coronacion en la gloria. Por la meditacion de estos misterios es el rosario una de las mas santas oraciones de la Iglesia, en que yendo el corazon de acuerdo con las palabras, se tributa á Dios un perfecto culto de religion; y rindiéndose á Maria el tributo que se la debe, se la gana el corazon, y se la obliga á derramar sobre sus fieles siervos aquella abundancia de bendiciones y aquellos tesoros de gracias, cuya distribucion tiene á su cargo.

Pero no se debe creer que sea cosa nueva este método de repetir muchas veces una misma oracion; fué ya muy usado de todos los santos, así del nuevo como del viejo Testamento. No hay cosa mas ordinaria que estas repeticiones en los salmos de David. El cántico ó el salmo 135 apenas es mas que una repeticion del salmo precedente con este como estribillo: *Quoniam in æternum misericordia ejus*; porque su misericordia es eterna. Acaso el pueblo repetiria este estribillo despues que los levitas pronunciaban la primera parte del versiculo; á la manera, poco mas ó menos, que nosotros lo hacemos en las letanias. El Evangelio nos advierte que Jesucristo repitió muchas veces la misma oracion al Padre Eterno en el huerto de las Olivas: *Eundem sermonem dicens.* (Matth. 16.) De S. Bartolomé se refiere que hacia oracion cien veces de dia y otras tantas de noche. Paladio y Sozomeno nos cuentan que Pablo, abad de Monte-Fermeo, en la Libia (el cual floreció en tiempo de S. Antonio) hacia trescientas veces al dia una misma oracion, llevando la cuenta por otras tantas piedrecitas que traia consigo para este efecto. Se asegura, que Pedro el ermitaño, queriendo disponer los pueblos para la guerra santa el año de 1096, los exhortaba á rezar todos los dias cierto número de *Padre nuestros*, con ciento y cincuenta *Ave Marias*, por el feliz suceso de tan importante empresa, certificándolos que habia aprendido esta devocion de los mas santos solitarios de la Palestina, entre los cuales era ya muy antigua. El papa Leon IV quiso que todos los soldados que habian echado de las puertas de Roma á los sarracenos, trajesen un rosario de cincuenta *Ave Marias*, atribuyendo á esta oracion la insigne victoria que consiguieron de los infieles. El dia 7 de abril leemos en Surió; que S. Alberto, religioso de Crespín, hacia al dia ciento y cincuenta genuflexiones rezando á cada una la salutacion angélica; y cuando se elevó de la tierra el cuerpo de Sta. Gertrudis, que murió el año de 667, se hallaron en la

sepultura unas cuentas enhebradas, que parecian parte de rosario, con que la Santa quiso que la enterrasen. Todo esto prueba lo antigua que es en la Iglesia de Dios la devocion del Rosario; pero sin embargo á Sto. Domingo debemos, no solo su resurreccion, por explicarme de esta manera, sino el celestial método de rezarle y de honrar con él á la Madre de Dios que ahora se practica; y al fervoroso zelo de su esclarecida familia, no menos que á la encendida devocion que profesa á la Reina de los ángeles, se deben los maravillosos progresos que ha hecho esta importantísima devocion.

Bien se puede asegurar que entre todos los cultos que se tributan en la Iglesia á la Madre de Dios, uno de los que mas la honran es la devocion del Rosario. Es cierto que para la santísima Virgen no hubo cosa mas gloriosa que la embajada del ángel cuando la vino á anunciar que habia de ser Madre de Dios; por consiguiente, siempre que se la repite esta salutacion, parece que en cierta manera se ejercita el empleo y la comision del ángel; y lo que no tiene duda es, que, por decirlo así, se la trae á la memoria la incomparable honra que recibió en aquella divina eleccion: por lo que parece que ninguna devocion la puede ser mas agradable. Ayúdanse recíprocamente la oracion y la meditacion, dice S. Bernardo, siendo la oracion como una resplandeciente hacha, que comunica luz y ardor á la meditacion: *Oratio et meditatio sibi invicem copulantur, et per orationem illuminatur meditatio.* Todo esto se halla unido en el Rosario; y por eso, sin duda, dijo el bienaventurado Alano de Rupe, que el Rosario era la mas insigne, y como la reina de todas las devociones: *Regina omnium orationum.* (In Compl. Psalt. Mar.) Por lo mismo se aplica con razon al Rosario lo que S. Juan Crisóstomo dice de la oracion frecuente, y muchas veces repetida: *Aptissima arma oratio est, thesaurus certe perpetuus, divitiarum inexhausta.* Esta oracion es un escudo contra todos los golpes del enemigo, un tesoro infinito, un fondo inagotable de riquezas espirituales.

No se puede dudar que entre todas las oraciones vocales con que honra la Iglesia á la santísima Virgen, una de las mas santas y de las mas agradables á Dios es el Rosario, por componerse de las dos oraciones mas sagradas que hay; conviene á saber, de la oracion dominical y de la salutacion angélica, acompañándose al mismo tiempo con muchas meditaciones sobre la vida y muerte del Salvador y de su santísima Madre. Todo es misterioso en el Rosario; hasta el mismo número de ciento y cincuenta *Ave Marias*, por el cual se llama tambien el salterio de

la Virgen. Los herejes de todos los siglos, tan enemigos de la Madre como del Hijo, blasfemaron muchas veces contra esta devoción; pero particularmente los de estos últimos tiempos se enfrenaron furiosamente contra el Rosario. Como fué tan funesta á los albigenses esta devoción, precisamente había de ser objeto del odio y de las imprecaciones de sus infelices descendientes, los que no han omitido medio alguno para desacreditarla; pero todos sus esfuerzos no han servido mas que para aumentar el número de sus cofrades y de sus devotos. Ninguna cofradía de la Virgen es mas célebre que esta, ninguna mas provechosa á los fieles, ninguna mas autorizada por la Iglesia. Doce ó trece pontífices la han franqueado con piadosa profusión los tesoros espirituales de que son depositarios: los reyes y los pueblos se han apresurado con ansiosa devoción á alistarse en ella. ¿Pero qué victorias se han conseguido contra los enemigos de la fe, qué reforma de costumbres, qué ejemplar edificación no se ha visto en todos los estados desde que se estendió en el mundo esta sólida devoción? Aun en vida de su santo fundador y restaurador la vió propagada con maravilloso fruto en España, en Francia, en Alemania, en Polonia, en Rusia, en Moscovia, y hasta en las islas del Archipiélago. Pero mucho mayores progresos hizo á esfuerzos de los herederos del zelo y de las virtudes del gran patriarca Sto. Domingo. El beato Alano de Rupe predicó el Rosario en todos los países septentrionales con tan feliz suceso, que florecia en todo el universo el culto y la devoción de la santísima Virgen, fundándose en todas las ciudades de la cristiandad la cofradía del Rosario: lo que obligó al papa Sixto V á enriquecerla aun con mayores gracias y privilegios que sus predecesores, como se ve en la bula espedita el año de 1586, tan honrosa y de una espiritual utilidad para todos los cofrades.

El título de *nuestra Señora de la Victoria* es mas antiguo que la batalla de Lepanto. Desde la tierna edad de la Iglesia experimentaron los cristianos la especial protección de la santísima Virgen contra las armas de los enemigos de la fe; y por esta especial protección se la comenzó á apellidar *nuestra Señora de la Victoria*.

En el famoso sitio de Rodas, tan gloriosamente defendido el año de 1480 por los caballeros de S. Juan de Jerusalem, hoy caballeros de Malta, siendo gran maestre el célebre Pedro Aubuson, contra todas las fuerzas del imperio otomano; en tiempo de Mahometo II, terror de todo el mundo cristiano; despues que los caballeros obligaron á los turcos á levantar el sitio; muchos desertores que se pasaron al campo de los caballeros, cuando sus

victoriosas tropas volvian á entrar en la plaza, refirieron que en el calor del combate habian visto los turcos en la region del aire una cruz de oro, rodeada de una resplandeciente luz, y al mismo tiempo una hermosísima Señora, cuyo traje era mas blanco que la misma nieve, con una lanza en la mano derecha, y en el brazo siniestro una rodela, acompañada de un hombre serio y severo, vestido de pieles de camello, seguidos ambos de una tropa de jóvenes guerreros, todos armados con espadas de fuego; vision (añadieron ellos) que llenó de terror á los infieles, tanto, que cuando se desplegó el estandarte de la religion de Malta, en que estaban pintadas las imágenes de la Virgen y de S. Juan Bautista, muchos turcos cayeron muertos en tierra sin haber recibido herida ni golpe del enemigo. Luego que el gran maestre se vió enteramente curado de sus heridas, hizo voto de erigir una suntuosa iglesia con la advocacion de nuestra Señora de la Victoria, en cuya magnífica obra se trabajó inmediatamente que se repararon las fortificaciones de la plaza.

Nota del Traductor.

« El tierno y debido amor que éste profesa al célebre colegio de la Compañía de Jesus de Villa-García de Campos, donde mamó la primera leche de la religion, como todos los hijos de la provincia de Castilla, no le permite omitir que el Sr. D. Juan de Austria, generalísimo en la batalla de Lepanto, fué criado en aquel humilde pueblo, habiéndole confiado su padre el emperador Carlos V á la fidelidad, discrecion y prudencia de su favorecido Luis Quijada, cuya mujer, no menos virtuosa que prudente, la escelentísima señora D.^a Magdalena de Ulloa, fundadora del referido colegio, cuidó de su educacion con el mayor desvelo. A esta señora regaló el Sr. D. Juan el precioso *Lignum Crucis* engastado en oro, que el papa S. Pio V le presentó despues de la milagrosa batalla. La fundadora le cedió á su amado colegio, con la auténtica del mismo santo pontífice; y esta inestimable parte del sagrado leño donde se obró nuestra redencion, es la misma que en el Viernes santo se espone á la pública adoracion.»

Nota del Editor.

« En un sumario de indulgencias concedidas por diferentes sumos Pontífices á la magnífica y devota capilla de MARÍA SANTÍSIMA DE LA VICTORIA, llamada del PALAU de la Condesa, de la ciudad de Barcelona, se lee entre otras gracias y privilegios,